

Conéctate



TAMBIÉN EL ALMA NECESITA ALIMENTO

EL REMEDIO PARA LA SOLEDAD

POR QUÉ ANSIAMOS CONTARLE
A ALGUIEN NUESTRAS
ALEGRÍAS Y DESDICHAS

DIOS VIVE ENTRE ALGODONES

¿QUÉ SABE DIOS
DEL SUFRIMIENTO?

LA LUZ DEL AMOR

LA ENERGÍA ESPIRITUAL MEDIANTE
LA CUAL SUBSISTE LA VIDA.
EL SOL, LA LUNA Y NOSOTROS.

LA ÚNICA LEY DE DIOS

¿DEBEMOS GUARDAR LOS DIEZ
MANDAMIENTOS, O SÓLO DOS?

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: www.auroraproduction.com/castellano

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L.
México, 64000

Conéctate
Casilla de correo 815
Correo Central 1000
Capital Federal
Buenos Aires
Argentina

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
Chile

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá
Colombia

Activated!
P.O. Box 4307
Orange, CA 92863-4307
USA

conectate@conectate.org

EN INTERNET
www.conectate.org

DIRECTOR
Gabriel Sarmiento

DISEÑO
Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES
Max Belmont

PRODUCCIÓN
Francisco López

Número 14
© 2000, Aurora Production AG,
Suiza. Es propiedad.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en Conéctate provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

a nuestros amigos



Me contaron una anécdota de un muchachito llamado Bruno que vendía periódicos en la calle. Un día un hombre se detuvo a comprarle un ejemplar y, mientras buscaba unas monedas en su bolsillo, le preguntó al chiquillo dónde vivía.

—En una choza en la ribera —respondió Bruno.

—¿Quién vive contigo?

—Solo Miguel. Es inválido y no puede trabajar. Somos muy amigos.

—Te iría mucho mejor sin él, ¿no? —preguntó el hombre.

Bruno le respondió con cierto desdén:

—No, señor. No estaría bien sin Miguel. No tendría a nadie con quien charlar al llegar a casa. Además, jefe, no me gustaría vivir y trabajar si no tuviera a nadie con quien compartir. ¿A usted sí?

Bien pensado, ¿no nos parecemos todos un poco a Bruno? A todos nos hace falta un amigo, un compañero de viaje por así decirlo, alguien con quien conversar, a quien contarle nuestras experiencias, sentimientos e ideas, nuestros altibajos. En esencia, alguien con quien compartir.

La compañía es una necesidad humana básica. Mucha gente la considera tan primordial para su felicidad y bienestar como el alimento, el abrigo, el techo, el ejercicio físico y el descanso. No obstante, todos sabemos lo que es sentirse solo. A veces la falta de compañía, amor y comprensión puede resultar casi insufrible. ¿A qué obedece ese sentimiento? Si Dios es amor y quiere que seamos felices, y si ha prometido proveer para todas nuestras necesidades, como nos asegura la Biblia, ¿por qué permite que en ocasiones nos sintamos solos?

En el presente número de Conéctate echaremos un vistazo a la soledad, pero con una perspectiva distinta. Veremos que Dios puede cambiar los ratos de soledad en momentos gratificantes y felices.

Gabriel Sarmiento

En nombre de Conéctate

«El que
pierde dinero,
pierde
mucho. El que
pierde un
amigo, pierde
aún más. Pero
el que pierde
la fe, lo pierde
todo.»

Tomé conciencia de la gran verdad que encierra ese dicho en una visita reciente que hice a uno de los hospitales más grandes de Durban, donde semanalmente llevo a cabo una labor social voluntaria junto a otros misioneros.

Antes de cada visita, oramos para que el Señor nos guíe a quienes quiere que conozcamos, a quienes más necesitan Su amor y consuelo. En aquella oportunidad se trataba de un hombre de la sección de oncología y su esposa.

Cuando entré a la habitación, el hombre estaba solo, sentado en su cama, y se le iluminó el rostro cuando le ofrecí un afiche sobre el

nos contaba su historia, el corazón se me llenó de compasión por ella.

Apenas tenía cincuenta y tantos años y ya había perdido a su primer marido y a sus cuatro hijos. Cuando aquel hombre, su segundo marido, se enfermó, tuvieron que vender su empresa, y ella se vio obligada a dejar de trabajar para cuidarlo. A estas alturas ya no les quedaba nada. Ella necesitaba atención médica, pero no podía pagar siquiera la cuota de dos dólares que cobraba el hospital por registrarse.

Le di un poco de dinero y le dije que era una muestra del amor que el Señor le tenía. Ella continuó relatándome sus problemas, y yo la escuché atentamente y procuré convencerla de que el Señor sí la amaba.

—Aunque a veces no comprendamos Su forma de obrar —le dije—, Él prometió que nunca nos dejaría ni nos abandonaría.

Al final nos daremos cuenta de que no faltó a Su Palabra.

Al cabo de una hora, comenzó a iluminársele el rostro, y para cuando llegó la hora de irse, su fe, que había estado a punto de apagarse, se había avivado.

—La fe viene por oír la Palabra de Dios —le expliqué—. La Biblia está llena de promesas de tu Padre celestial, promesas que puedes invocar para ti y para tu esposo cuando ores.

Le di también una lista de versículos clave para que se llevara a casa, los leyera, meditara en ellos y se apoyara en ellos cuando orara.

Sus problemas no se habían solucionado en aquel par de horas; lo que sí había hallado era fe para hacerles frente. Para gran alegría de su esposo, su resentimiento y temor desaparecieron, dando lugar a la fe en su tierno y compasivo Salvador.■

Dios jamás nos abandona

Catherine Jane, Sudáfrica

Evangelio. ¡Qué luz tan bella irradiaba! El cáncer había hecho estragos en su mandíbula, y los médicos le habían hecho cirugía reconstructiva empleando la mitad de su lengua y tejido óseo de una de sus costillas. Aun así, su rostro no dejaba de irradiar felicidad mientras me comunicaba por señas que pronto se moriría y se iría al Cielo.

Unos momentos más tarde entró su esposa, que no compartía su fe ni su optimismo. El resentimiento le había carcomido el espíritu como la gangrena. Nos dijo que había sido cristiana, pero había perdido la fe cuando el Señor la había abandonado. Según su punto de vista, Jesús la había abandonado definitivamente y no la amaba; de lo contrario no habría permitido que sufriera todo lo que había sufrido. Mientras

El remedio para la soledad



Virginia Brandt Berg

Virginia Brandt Berg (1886–1968) fue una famosa pastora y predicadora, una de las primeras en Estados Unidos. Fue igualmente una de las precursoras de la evangelización radial con su programa *Meditation Moments*, que condujo durante 15 años. A continuación reproducimos el texto adaptado de una de sus emisiones.

El corazón humano encierra un misterio: de vez en cuando, a todos nos sobreviene una profunda sensación de soledad.

Algunas de las personas más solitarias que hay en el mundo viven rodeadas de gente. Sin embargo, andan afligidas por la sensación de que nadie las conoce ni las comprende en su fuero interno. Puede que incluso tengan abundancia de cosas materiales, de todo lo que necesitan para satisfacer sus menesteres. Aun así, se quejan de que se sienten solas. Anhelan dialogar con alguien acerca de sus intereses, encontrar a una persona a quien contar sus problemas y que se compadezca de ellas.

Es posible que tengamos

un compañero o compañera de toda la vida, que nos ama entrañablemente y a quien nosotros amamos también. Pero también es probable que incluso él o ella jamás nos conozca ni nos comprenda cabalmente. Puede que alcancemos el éxito o logremos grandes cosas y, sin embargo, no tengamos a nadie con quien compartir plenamente la emoción de cruzar finalmente la meta. El más íntimo de nuestros amigos es ajeno a nuestra alegría más suprema y no puede conocer la medida del más profundo de nuestros dolores. Algunas lágrimas siempre las derramamos a solas. Ningún otro ser humano es capaz de penetrar en lo más recóndito de nuestra mente, alma o

corazón.

«No hay nadie que realmente me entienda y que sienta lo que yo siento.» Ese es nuestro clamor ante situaciones semejantes. Deambulamos solitariamente, cualquiera que sea nuestra suerte o nuestro destino. Cada alma, desconocida hasta por sí misma, debe vivir su vida interior en soledad.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué cobijamos esa apremiante necesidad de sentirnos comprendidos? ¿Por qué albergamos el intenso anhelo de contarle a alguien nuestras alegrías, triunfos, desdichas y derrotas?

¿Acaso Dios —que nos creó como almas vivientes— cometió un error al concebir Su obra maestra, la raza

humana? ¿Dejó algún vacío en nuestra naturaleza? Dispuso los recursos para satisfacer todas las demás necesidades de la vida: pan para el hambre, conocimientos para el intelecto, amor para el corazón. ¿Quiso acaso que el alma quedara sedienta y se frustrara su anhelo de comprensión y fraternidad? ¿Ha desoído el llamado de nuestra soledad?

Esos interrogantes tienen respuesta. Ese vacío, esa carencia que sentimos, denota la necesidad que tiene nuestra alma de acercarse a Dios. Él sabía que cuando echáramos en falta la compasión humana, acudiríamos en busca de la misericordia divina. Sabía que ese sentimiento de alienación sería precisamente lo que nos impulsaría hacia Él.

Dios nos creó para Sí mismo. Ansía nuestro amor. Por eso colocó un letrero en nuestro corazón que reza: «Reservado para Mí». Él anhela ocupar el primer lugar en cada corazón y por ese motivo se ha guardado la llave secreta, la llave para abrir todas las recámaras de nuestro ser y bendecir con perfecta paz y armonía cada alma solitaria que acuda a Él.

Dios mismo es la respuesta, el cumplimiento. Hasta que llene ese vacío interior, jamás nos sentiremos completamente satisfechos. Nunca nos veremos perfectamente libres de la soledad hasta que Él colme

nuestra existencia.

El apóstol Pablo escribió: «No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15). A Jesús lo conmueven cada una de nuestras inquietudes. Al entrar en nuestra vida, Él se convierte

Eso es lo maravilloso de tener a Jesús en tu corazón: nunca volverás a estar completamente solo, pues lo tendrás siempre a Él. Aun cuando todo lo demás desaparezca, todavía contarás con Jesús. Aunque todos se olviden de ti, Jesús te recordará. Si los amores de este mundo y tus amigos te abandonan, Jesús aún estará contigo. Él prometió: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20). Cuando el mundo no tenga más que ofrecerte, todavía tendrás a Jesús, ¡y en realidad con Él te basta!

David Brandt Berg

en nuestra satisfacción. La Palabra de Dios dice que Él es «la porción que sacia nuestra alma» (Salmo 107:9; Salmo 73:26). Él satisfará todos los anhelos de tu corazón.

Dios, con Su grandeza y omnipotencia, puede llenar toda alma. Nos brinda compañía total y nos ofrece una amistad ideal y perfecta. Quien nos creó es el único capaz de colmar cada aspecto de nuestra vida. No tenemos por qué volver a sentirnos solos. Jesús dijo: «No te dejaré, ni te desampararé», y: «Yo estoy con vosotros todos los días» (Hebreos 13:5; Mateo 28:20).

Por eso, cuando te embarque esa soledad, recuerda que se trata de la voz de Jesús, que te dice: «Ven a Mí». Y cada vez que te sobrevenga la sensación de que nadie te entiende, es un llamado Suyo para que vuelvas a acudir a Él. Cuando al trastabillar bajo el peso de una abrumadora carga clamas: «No puedo sobrellevar esto por mi cuenta», dices la verdad. Cristo permitió que fuera tan pesada para que tuvieras que pedirle ayuda. La desazón que nadie comprende lleva implícito un mensaje secreto del Rey, que te ruega que acudas de nuevo a Él. Eso es algo que nunca se puede hacer en exceso.

Su presencia satisface el alma que padece soledad, y quienes caminan con Él a diario jamás transitarán por senda solitaria.■



A veces me siento agobiado por las preocupaciones.
¿Qué puedo hacer para dejar de inquietarme tanto?

¿Quién no se preocupa a veces? Nos preocupamos de lo que va a suceder en el mundo. Nos preocupamos de no estar a la altura de los requerimientos en el colegio o en el trabajo. Nos preocupamos de no poder hacer frente a nuestros compromisos económicos. Nos preocupamos ante la posibilidad de perder a nuestros seres queridos. Nos preocupamos por nuestro futuro. ¡Nos preocupamos de muchísimas cosas!

La mayoría de nuestras preocupaciones se encuadran en dos grandes categorías: remordimientos por nuestros fracasos pasados o situaciones que terminaron mal, y temor ante lo que nos pueda deparar el futuro.

¿Cómo podemos evitar que esos temores nos afecten? Una respuesta muy gráfica la podemos hallar en los buques transatlánticos. Están contruidos de tal forma que en caso de incendio o de que se produzca una brecha grande en el casco, se cierran unas compuertas herméticas e incombustibles con el objeto de aislar el compartimiento averiado y posibilitar que la nave se mantenga a flote.

De igual modo debiera suceder con la *nave* de nuestra vida. Para sacar el máximo provecho al presente y prepararnos adecuadamente para el futuro, tenemos que aprender a aislarnos de las preocupaciones del ayer —con su cuota de errores y fracasos—, así como de los temores innecesarios acerca del mañana. De lo contrario, nuestras preocupaciones podrían hundirnos.

Jesús dijo: «No os afanéis por el día de mañana. Basta a cada día su propio mal» (Mateo 6:34). ¿Has observado que los males que nunca suceden son los que más nos quitan el sueño? Como dijo el escritor y humorista Mark Twain hacia el final de su vida: «Soy un anciano que ha sufrido innumerables calamidades, la mayoría de las cuales nunca llegaron a ocurrir».

Cierto empresario se preparó lo que llamó un *cuadro de preocupaciones*, en el que anotaba todos los temores que tenía. Descubrió que el 40% tenía ínfimas probabilidades de hacerse realidad; el 30% correspondía a decisiones del pasado que no podía alterar; el 12% tenía que ver con críticas sobre su persona; y el 10% eran inquietudes infundadas sobre su salud. Llegó a la conclusión de que sólo el 8% de sus preocupaciones estaban justificadas.

Los cristianos en realidad no tenemos motivos para temer o preocuparnos, pues sabemos que «todo contribuye al bien de los que aman a Dios» (Romanos 8:28, Biblia Didáctica). El famoso predicador Dwight Moody (1837-1899) solía decir: «Se puede viajar al Cielo en primera o en segunda clase. “En el día que temo, yo en Ti confío” (Salmo 56:3), equivale a un boleto de segunda. En cambio, el de primera se hace patente en Isaías 12:2: “Me aseguraré y no temeré” (Isaías 12:2). ¿Por qué no adquirir, entonces, un pasaje de primera clase?» ■

Preocuparse
es como
mecerse en
una silla:
entretiene,
pero no lleva
a ninguna
parte.

La joven Sra. Benson se sentía muy deprimida. La compañía donde trabajaba su marido había enviado a éste a otra ciudad a hacer un curso de capacitación. Por primera vez desde su matrimonio se había quedado sola. Mi esposa pasó a verla para tratar de levantarle el ánimo, y se llevó una sorpresa cuando la Sra. Benson la recibió con una sonrisa.

—Tuve otra visita —le explicó—. En realidad pasé mucha vergüenza, pero estoy contenta de que haya sido así.

Mi esposa no lograba comprender a qué se refería.

—Vino la vecina que vive a la vuelta de la esquina —prosiguió la mujer—. Su esposo murió hace poco en un accidente de tránsito, y ella quedó sola con tres niñas pequeñas. ¡Pensar que en su situación se tomó la molestia de pasar a ver cómo me iba! De golpe me sentí como si fuera la mujer más privilegiada del mundo.

La Sra. Benson hizo un momento de silencio y luego añadió reflexivamente:

—Creo que hoy aprendí algo. Quizá la única forma de superar la propia desdicha sea ayudando a los demás a superar la suya.

FRANCIS GAY

Hace 200 años, la definición de la palabra *átomo* en una conocida enciclopedia constaba de apenas cuatro líneas. A la palabra *amor*, en cambio, se le consagraban cinco largas páginas. En una edición reciente de la misma enciclopedia se dedican cinco páginas a la palabra *átomo*; la palabra *amor* fue omitida. Lamentable ilustración de los valores que imperan hoy en día en nuestra sociedad.

¿No sería fantástico que la gente hiciera simplemente lo que dijo Jesús: «Ama a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:39)? Cuando la gente trata desconsideradamente a los demás, se acarrea problemas. En efecto, todos los males del mundo actual son causados por la falta de amor de los hombres para con Dios y sus semejantes. El sencillo amor a Dios y al prójimo sigue siendo la solución divina aun en una sociedad tan confusa y sumamente compleja como la actual. El amar a Dios nos hace capaces de amarnos unos a otros y hasta

de respetarnos mutuamente como criaturas Suyas. Podemos entonces seguir Sus preceptos sobre la vida, la libertad y la felicidad, con lo que todo se arregla y todos nos sentimos satisfechos en Él.

Pidamos, pues, a Dios que nos ayude a amar a nuestros semejantes con el amor que Él que nos entrega. Y recordemos que el *prójimo* no son sólo aquellos seres que están muy unidos a nosotros. Es cualquiera que se cruza en nuestro camino y necesita nuestra ayuda, sin consideración a su raza, credo, color o nacionalidad.

ORACIÓN PARA HOY:

Jesús, a veces soy presa de la ansiedad y la preocupación; pero cuando te encomiendo mis problemas, Tú siempre los resuelves. Y por lo general empiezas por recordarme que eres dueño de la situación, que estás para ayudarme y que no hay nada que no puedas resolver. Lo tomas todo con mucha serenidad y encaras cada problema tan positivamente que mis inquietudes y temores se desvanecen. Los sustituyes por fe y confianza en Ti, y eso supone una diferencia enorme.

Una vez más necesito Tu ayuda, Jesús. Te entrego mis preocupaciones más recientes, a cambio de Tu perfecta paz. ¡Gracias, Jesús!

DIOS VIVE ENTRE ALGODONES



Miles de millones de personas se hallaban reunidas en una explanada ante el trono de Dios. Algunos grupos que se encontraban en la parte del frente conversaban acaloradamente. No con vergüenza, sino con actitud beligerante.

—¿Cómo puede Dios juzgarnos a nosotros? —dijo uno.

—¿Qué sabe Él del sufrimiento? —soltó una anciana mientras se levantaba bruscamente la manga para revelar un número tatuado en un campo de concentración nazi—. ¡Nosotros sufrimos horrores, golpizas, torturas, muerte!

En otro grupo, un negro se bajó el cuello de la camisa:

—¿Y qué les parece esto? —inquirió con aire exigente mientras mostraba la horrorosa quemadura producida por una cuerda—. ¡Me lincharon por el crimen de haber nacido negro! Nos sofocamos en barcos de esclavos, nos arrancaron de los brazos de nuestros seres queridos y nos obligaron a trabajar hasta que la muerte nos libró.

A lo ancho de la planicie se divisaban

cientos de grupos similares. Cada uno de ellos tenía una queja que presentar a Dios por la maldad y el sufrimiento que había permitido en el mundo. ¡Qué suerte tenía Dios de vivir en el Cielo, donde no existían el llanto, el temor, el hambre ni la muerte!

En efecto, ¿qué sabía Dios de lo que el hombre había tenido que soportar en el mundo?

—Al fin y al cabo, Dios vive entre algodones —exclamaron.

Cada grupo decidió enviar entonces un representante, para lo cual eligió a la persona de su género que más había sufrido. Fueron seleccionados una mujer judía, un negro, una intocable de la India, un hijo ilegítimo, una víctima de Hiroshima, otra de un gulag siberiano, y así sucesivamente.

En el centro de la llanura celebraron una reunión de consulta. Al fin estuvieron preparados para presentar su causa. El asunto no revestía complicación: antes que Dios estuviera en condiciones de juzgarlos, debía sufrir lo que ellos habían sufrido. Decidieron que Dios debía ser «sentenciado a vivir en

la Tierra como hombre». Pero dado que era Dios, fijaron ciertas condiciones. Con ello se evitaría que empleara Sus poderes divinos para sortear dificultades. Estas fueron sus exigencias:

Que fuera judío.

Que se pusiera en duda la legitimidad de Su nacimiento, a fin de que nadie supiera quién era Su padre.

Que defendiera una causa tan justa pero tan radical que le valiera el odio, la condenación y el acoso de las confesiones religiosas tradicionales.

Que tuviera que describir lo que ningún hombre ha visto, sentido, degustado, oído u olido. Que tuviera que comunicar a los hombres cómo es Dios.

Que fuese traicionado por Sus amigos más queridos.

Que fuese procesado por cargos falseados, juzgado por un jurado tendencioso y sentenciado por un juez cobarde.

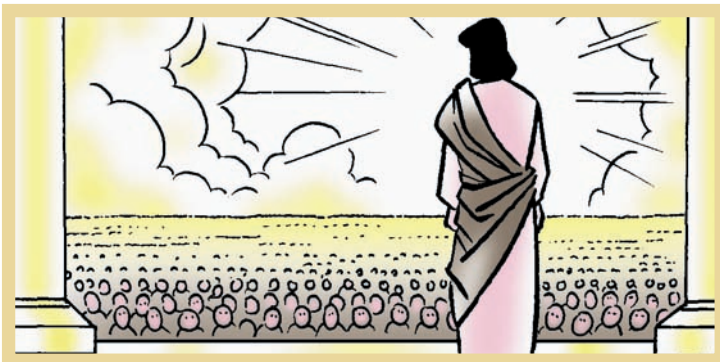
Que tuviese que experimentar lo que es la soledad más terrible y el abandono total por parte de toda criatura viviente.

Que fuese torturado y muerto de la forma más humillante posible, entre delincuentes comunes.

Cada vez que uno de los representantes pronunciaba su parte de la sentencia, surgían de la multitud murmullos de aprobación.

Mas cuando el último terminó de hablar, se produjo un largo silencio. Nadie volvió a pronunciar palabra. Todos se quedaron inmóviles. Comprendieron que Dios ya había cumplido la condena.

ANÓNIMO



¡Adiós a la soledad!

lecturas suculentas

Todos nos sentimos solos en algún momento de nuestra vida. En la Biblia hay muchas promesas que nos pueden ayudar a sobrellevar la soledad.

Una vez que tenemos a Jesús en el corazón, siempre podemos contar con Su compañía y amor.

Juan 14:18

Mateo 28:20b

Romanos 8:38–39

Hebreos 13:5

Aunque nuestras amistades terrenales nos fallen, el Señor nunca nos defraudará.

Salmo 38:11,15

Salmo 142:4–5

Isaías 49:15–16

2 Timoteo 4:16–17a

A veces el Señor permite que nos sintamos solos para que acudamos a Él.

Salmo 63:1,5–7

Salmo 73:25–26, 28

Filipenses 3:8

Colosenses 2:10

El propio Jesús se sintió a veces solo y abandonado.

Isaías 53:3–4,6

Mateo 27:46

Juan 1:10–11

Hebreos 4:15

Un antídoto para la soledad es tomar la iniciativa de ofrecer a los demás nuestra amistad.

Proverbios 11:25

Proverbios 18:24a

1 Tesalonicenses 3:12a

LA ÚNICA LEY DE DIOS ES EL AMOR

**«La ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo»
(Juan 1:17).**

En el principio Dios nos creó para que como hijos agradecidos optáramos libremente por amarlo y obedecerle. Prefirió que nuestra observancia de Sus principios estuviera motivada plenamente por el amor, la gracia y la fe. Quiso de hecho que existieran muy pocas reglas. Todo debía hacerse voluntariamente, por amor y respeto a Él y en agradecimiento por Su amor y Su interés por nuestro bienestar. En eso consistía Su plan original.

Pero a medida que aumentaron la desobediencia y la maldad de los hombres, Dios tuvo que ir aplicando leyes y normas cada vez más rigurosas. El Antiguo Testamento recoge estos cánones, particularmente los primeros cinco libros de Moisés. Dichas leyes no se establecieron para los justos, pues un hombre bueno no busca hacer daño ni maltratar a sus semejantes: sus acciones están gobernadas por el amor y la consideración. Las leyes divinas se dictaron para los malhechores.

Dado que los hombres no actuaban motivados por el amor, Dios tuvo que imponer la ley, es decir, establecer reglas para los transgresores. Sin embargo, esas

reglas eran incapaces de salvar a los hombres. Simplemente servían para señalarles sus errores. «Nadie será declarado justo a los ojos de Dios por guardar la ley; más bien, mediante la ley nos damos cuenta del pecado» (Romanos 3:20, NVI). «No hay justo, ni aun uno, por cuanto todos pecaron» (Romanos 3:10,23).

La Ley del Antiguo Testamento no fue más que nuestro ayo, es decir, nuestro maestro o instructor. Tenía por objeto hacernos ver que somos pecadores y que necesitamos acudir a Dios para alcanzar misericordia y perdón, a fin de reconciliarnos con Él y obtener su benevolencia por medio de la fe (Gálatas 3:24).

Como todo padre, Dios prefirió con mucho que Sus hijos le obedezcan alegremente y de buena voluntad, y que cumplan lo que Él les pide sencillamente porque lo aman y quieren agradarlo y obrar bien. El niño que obedece sólo porque se le obliga a hacerlo o por temor al castigo, evidencia muy poco amor hacia sus padres.

Cuando los dirigentes religiosos preguntaron a Jesús cuál era el más importante de los mandamientos de la Ley, Él les respondió:

Conéctate nº14

«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mateo 22:37-39).

Para consternación de aquellos fariseos, procedió a decirles: «De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los profetas» (Mateo 22:40). (La *Ley* eran los cinco libros de Moisés; y los *profetas*, los escritos de los profetas del Antiguo Testamento.) Los judíos de la época tenían prácticamente miles de leyes religiosas. Se regían por un código legal complicado, ritualista y restrictivo; no obstante, Jesús les dijo que a partir de ese momento no eran necesarios sino dos mandamientos: Amar a Dios y amar a los demás. Eso era todo. Les enseñó que no les hacía falta más ley que el amor. Vale decir que eso es tan válido hoy en día como entonces. Si uno ama a Dios y a sus semejantes, no actuará egoísta ni irresponsablemente, ni hará nada que perjudique al prójimo.

Por lo tanto, la Ley del Amor que instituyó Jesús nos libera de la antigua ley mosaica. La única ley de Dios es el amor. En tanto, pues, que algo se haga con amor, con amor verdadero, generoso y hasta abnegado —con el amor de Dios—, a los ojos de Dios es absolutamente lícito. La Biblia dice: «El fruto del Espíritu es amor. [...] Contra tal cosa no hay ley.» (Gálatas 5:22-23.) No existe ley

de Dios en contra del amor puro, del amor abnegado y altruista para con Dios y nuestros semejantes.

«Toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gálatas 5:14). Medita un momento en eso. Toda la ley se cumple en un mandamiento nuevo y glorioso: el amor. «Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas» (Mateo 7:12). No hay que «deber nada a nadie, sino el amarse unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley» (Romanos 13:8). Si actúas movido por el amor, cumples todas las leyes de Dios.

En muchos aspectos, la Ley del Amor es más estricta que la mosaica —o sea, más exigente que los cientos de leyes del Antiguo Testamento, que se suelen resumir en los Diez Mandamientos—, porque dispone que no basta con no hacer daño a nadie. Debemos ir más lejos y amar a nuestros semejantes. Bajo la Ley del Amor que introdujo Jesús, nuestro deber excede la simple justicia y rectitud; tenemos la obligación de manifestar amor y compasión y de perdonar a los demás.

El amor es mayor que la justicia, como también lo es la misericordia. Hoy en día debemos tratar a los demás con amor, misericordia y bondad. En la ley mosaica prácticamente no existía el perdón. Regía lo de «ojo por ojo y diente


por diente» (Éxodo 21:24; Levítico 24:20). Moisés decretó que si alguien le arrancaba a alguien un ojo o un diente, éste tenía derecho a hacer lo mismo a su agresor. En contraste, Jesús enseñó que debemos tratar a los demás —aun a quienes nos hacen daño— como queremos que nos traten a nosotros. En eso consiste el amor de Dios.

Así pues, la Ley del Amor es mucho más estricta, mucho más difícil de acatar. De hecho, es imposible cumplirla sin la ayuda de Jesús. Si la antigua ley era imposible de observar, la Ley del Amor instituida por Jesús es aún más imposible, si cabe. Por ello, Él mismo dijo: «Sin Mí no pueden hacer nada» (Juan 15:5, Edición Pastoral). Sin Su poder es imposible guardar la Ley del Amor. A menos que Jesús y el amor de Dios moren en tu corazón, no serás capaz de amar a los demás como a ti mismo. En cambio, luego de haber aceptado a Jesús, Su Espíritu en nosotros nos ayuda a hacer lo humanamente imposible: amar a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos.

¿Has reconocido a Jesucristo como tu salvador?
¿Habita en ti el Espíritu del amor de Dios? ¿Amas al Señor y a los demás tanto como a ti mismo? ¿Actúas con los demás del mismo modo que quieres que actúen contigo? De ser así, estás libre de la vieja ley mosaica. Todo lo que debes hacer ahora es guardar la Ley del Amor que nos legó Cristo. ■

La luz del amor

David Brandt Berg



La vida en la Tierra no sería posible sin el Sol, ya que toda forma de vida depende de la fotosíntesis, proceso por el cual las plantas verdes y otros organismos captan la energía de la luz y la transforman en energía química para poder desarrollarse. Esas plantas y bacterias a su vez proporcionan alimento al reino animal. Sin el Sol no habría nada que comer. Toda forma de vida animal dejaría de existir. De modo que en cierto sentido, todos los seres vivientes se *alimentan* del Sol. No es de extrañar que los antiguos adorasen al astro rey. Es una figura de Dios, por cuanto no sólo nos proporciona luz y calor, sino que de hecho *fabrica* los alimentos que consumimos.

Sin el calor del Sol, la Tierra estaría tan fría que no podría haber vida en ella, como sucede en el lado oscuro de la Luna y en otros cuerpos celestes en que las temperaturas alcanzan cientos de grados bajo cero porque están privados de los vitales rayos del Sol.

La fuerza de gravedad del Sol mantiene además en órbita a la Tierra, la mantiene bien encaminada.

El Sol tiene cuatro funciones principales: nos suministra luz, calor y alimento, y además con su fuerza gravitacional mantiene en órbita a la Tierra. Ahora bien, si el Sol ejerce una influencia tan poderosa, imagínate cuanto mayor es la influencia espiritual que ejerce Dios, nuestro sol espiritual.

¿Qué simboliza?

Muchas veces Dios nos transmite verdades espirituales por medio de Su creación física. Estoy seguro de que, en parte, el Señor creó el Sol, la Luna, las estrellas, la Tierra y los otros planetas con el objeto de que entendiéramos mejor nuestra relación con Él.

La Biblia enseña que Dios es Espíritu, y también que es luz (Juan 4:24; 1 Juan 1:5). Dado que la luz constituye una forma de energía tan potente —así lo ha demostrado la ciencia—, el Espíritu de Dios debe de ser una poderosísima energía, una energía de orden espiritual.

Sin la luz del Sol estaríamos sumidos en una oscuridad casi total. Sólo habría la luz de las estrellas. Ni siquiera la Luna brillaría, porque la Luna no tiene luz propia. Se limita a reflejar la luz solar. Del mismo modo, sin el Señor moriríamos en una oscuridad espiritual casi completa.

Además, sin el calor que nos brindan los rayos solares, moriríamos por congelamiento. Es más, nos convertiríamos en un bloque de hielo. Sin el Señor, todos moriríamos de frío espiritualmente.

Sin los rayos del Sol no tendríamos de qué alimentarnos. De igual modo, sin el Señor, que nos facilita alimento para el alma, moriríamos de inanición espiritualmente.

Por último, sin la fuerza gravitacional que ejerce el Sol sobre la Tierra, en vez de seguir su bien planeada órbita, Conéctate n°14

nuestro planeta se perdería a la deriva por el espacio y seguramente se estrellaría contra algún cuerpo celeste. Así pues, desprovistos de la guía de Dios —la fuerza gravitacional que ejerce sobre nosotros en el mundo espiritual—, sin duda alguna nosotros también nos apartaríamos de la bien planeada órbita de Su voluntad —la órbita espiritual que Él ha trazado para nosotros—, nos perderíamos a la deriva en las tinieblas del espacio espiritual y a la postre nos estrellaríamos.

Vagar a la deriva en las tinieblas espirituales es como andar desorbitado, sin rumbo ni orientación, perdido en el espacio. Esa es la situación de la pobre gente que no conoce al Señor. Vagan a la deriva por el espacio espiritual, por las tinieblas inmateriales. Personas frías y muertas de hambre vagan errantes en las tinieblas, desprovistas de Dios. El mismo destino correría la Tierra sin el Sol.

A los ángeles desobedientes, a los ángeles rebeldes y a las huestes espirituales del Diablo, Dios los llama «estrellas errantes» (Judas 6,13). Quisieron escapar de Su control. Se apartaron del centro y se salieron de órbita. Vagan errantes, perdidos en el espacio, a causa de su rebeldía.

La frase *perdidos en el espacio* tiene una connotación terrible. ¡A la deriva por las vastas tinieblas del espacio en la más absoluta soledad! Así también es la gente que no

tiene al Señor: está helada, muerta de hambre, ciega y perdida.

¡Haz resplandecer tu luz!

Dios es nuestro sol; nosotros somos Su luna. Lo único que hacemos es reflejar Su luz. Y ¿cuándo la debemos reflejar más? ¿Cuándo brilla más la Luna? De noche, cuando el Sol está ya oculto. Conforme el mundo se vaya sumiendo cada vez más en las tinieblas, nosotros debemos seguir iluminándolo con el reflejo de Dios.

Nosotros también somos como los rayos del Sol. Cada persona que ha aceptado la salvación que ofrece Jesús es semejante a un rayo de luz emitido por Él. En sentido espiritual, cada uno de nosotros se ha convertido en parte de la luz y del poder de Dios.

La Biblia dice que Dios es también amor (1 Juan 4:8). El amor es el poder y la luz de Dios. De modo que cuando manifestamos el amor de Dios a alguien, estamos reflejando Su luz.

El Espíritu divino de amor, de poder y de luz te llevará a relacionarte con quienes más necesiten tu amor y tu ayuda y te corresponderán con aprecio y agradecimiento. Y viceversa: también conducirá a esas personas hacia ti.

¿Posees la luz del amor de Dios? Si lo conoces, definitivamente tienes esa luz. Jesús es la expresión más sublime del amor divino. De modo que si tienes a Jesús, tienes también la luz del amor de Dios. ■

¿QUÉ EFECTO PUEDE TENER UNA SOLA PERSONA?

Señor, te ruego que me ayudes
a entregarme más y más;
que aun cuando contigo comulgue
esté orando por los demás.

Enséñame a cada paso
a ser sincera y veraz,
y que si por Ti hago algo,
lo debo hacer por los demás.

Crucifica mi egoísmo.
Entiéralo. Que quede atrás.
Y sólo salga yo del abismo
para vivir por los demás.

Y cuando aquí mi misión termine
y continúe donde Tú estás,
que la corona que gané, yo olvide
y siga pensando en los demás.

Quiero vivir por los demás,
por los demás, mi buen Jesús.
Que sea siempre ese mi lema:
vivir como viviste Tú.

Elizabeth
Fenley

por los demás

¿Qué aspecto tiene el amor? Tiene manos para ayudar a los demás. Tiene pies para acudir apresuradamente en auxilio de los pobres y los necesitados. Tiene ojos que ven la desdicha y la tristeza. Tiene oídos para oír los suspiros y los lamentos de los hombres. Ese aspecto tiene el amor.

✧

Dios se ocupa de las personas por medio de otras personas.

✧

Aun los detallitos que tenemos para con los demás pueden significar muchísimo. Un poquito de amor rinde mucho. La luz de nuestra sonrisa, la expresión de bondad de nuestro rostro, la influencia que ejercemos con nuestro ejemplo, pueden iluminar a muchas personas y tener un efecto asombroso en quienes menos esperamos.

Cuando alguien percibe nuestro amor y le indicamos que se trata del amor de Dios, no puede menos que deducir que tal vez sí haya un Ser allá arriba que lo ama. Eso puede transformar toda su forma de ver la vida.

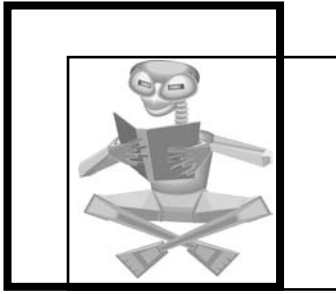
Muchas personas anhelan encontrar amor. Por todas partes buscan un rayito de esperanza, un indicio de salvación, algo alentador, un poquito de amor, un poco de compasión, un lugar donde sientan alivio. Si les demostramos que el amor existe, creerán que Dios existe, puesto que «Dios es amor» (1 Juan 4:8).

D.B.B.

✧

Stephen Grellet fue un cuáquero francés que murió en EE.UU. en 1855. Grellet sería totalmente desconocido hoy en día de no ser por una pequeña oración que escribió y que pervive hasta hoy:

«Pasaré por este mundo una sola vez. Cualquier acto de bondad que pueda realizar, cualquier gesto de ternura que pueda tener para con otro ser humano, no debo dejarlo para otra ocasión. Pues no volveré a pasar por aquí.»



SEÑALES DE LOS TIEMPOS

WASHINGTON POST SERVICE

Tanto las instituciones como las personas se ven bombardeadas por una avalancha de libros, publicaciones periódicas, cassettes, expedientes, documentos, correo electrónico y torrentes de datos no procesados.

La Biblioteca del Congreso de los EE.UU. tiene un fondo de 113 millones de publicaciones, a los que se añaden cada mañana otras 20.000. Todos los días, James Billington, director de la biblioteca, se preocupa por cuestiones como la conservación de los libros y su ordenamiento; pero también le inquietan cuestiones filosóficas más profundas. Se pregunta, por ejemplo, si al sumergirnos en ese mar de datos y conocimientos realmente adquirimos más sabiduría.

En 1472, la biblioteca del colegio mayor Queens de Cambridge (Inglaterra) tenía un fondo de 199 libros. En pleno Renacimiento, había quienes podían afirmar que habían leído todos los títulos importantes escritos hasta la fecha.

Hoy en día, nadie puede leerlo todo. El mundo del conocimiento es un inmenso océano. Lo máximo a que se puede aspirar es a darse un chapuzón de vez en cuando.

Solamente en Estados Unidos se publican cada año más de 50.000 libros. A escala mundial, se calcula que se editan unas 400.000 publicaciones periódicas. Dentro de poco cada hogar tendrá acceso a cientos de canales de televisión. La Internet cuenta ya con millones de páginas.

—Es bastante revelador que se hable de la era de la información —dice Billington— y no de la era del conocimiento.

Billington propone una

fórmula: los datos no procesados pueden transformarse en información, la cual a su vez, tras mucho esfuerzo y contribución para hacerla más valiosa, puede alcanzar el nivel de conocimiento, que es la base de la sabiduría. Pero dice que la sobrecarga actual de datos puede estar llevándonos por mal camino.

—Nuestra sociedad es, en esencia, movimiento sin memoria —afirma—. Y esa es una de las definiciones clínicas de la demencia.

(Redacción de Conéctate:) En efecto, el mundo está enloqueciendo, sobre todo Occidente. Se ha ido desligando paulatinamente de la sabiduría de otros tiempos para zambullirse en los conocimientos de la actualidad. En su intento de forjar un *mundo feliz* basado en la tecnología, los seres humanos abandonan la justicia, la buena educación, el comportamiento cristiano, el afecto y el amor al prójimo.

La tecnología en sí no tiene nada de malo si se destina a un buen fin. Pero si los únicos cimientos de la sociedad son la tecnología y los conocimientos en vez de la bondad y la sabiduría de Dios, se edifica sobre arena. Por magnífico que luzca el edificio que se levante sobre esos cimientos, no puede durar. Los únicos que se mantendrán firmes serán quienes hayan construido su casa sobre la Roca, Cristo Jesús (Mateo 7:24–27).

**¿Hemos
adquirido más
sabiduría en
esta era de la
información?**

ESTOY SIEMPRE A TU DISPOSICIÓN

Vuélvete a Mí en tu soledad. Te quiero mucho y estoy siempre a tu disposición, a cualquier hora en que me necesites. Soy tu constante compañero, tu mejor amigo.

Cuando pienses que nadie se preocupa por tí y no halles amor en ninguna parte, ese es el momento de echarte en Mis brazos y encontrar paz. Cuando desfallezcas y te sientas incapaz de seguir adelante, pon la mira en Mí rostro y me verás sonreírte, pues te quiero tal como eres. Cuando caigas en la angustia o te sumas en la frustración, acude a Mí. Yo seré tu compañero perfecto. Cuando tengas la sensación de que nadie puede entender las dificultades que atraviesas, es el momento de venir a Mí a toda prisa. Yo siempre te entiendo. Inclina tu corazón hacia Mí y satisfaré cada una de tus necesidades.

En esos momentos íntimos que pasemos juntos nuestro vínculo se estrechará y adquirirá más profundidad que la que podría tener cualquier amor o relación terrenal. De esa unidad conmigo nacerá la felicidad, la satisfacción y el sentido de realización más cabales y perdurables que hayas conocido.

Con cariño,
Jesús

De Jesús, con cariño